

LA CREADORA (5) LAIA FÀBREGAS



“¿Pueden enviarme una carta?”

XAVI AYÉN / ANA JIMÉNEZ (FOTO)

Todos aquellos que hayan visitado alguna vez un piso de estudiantes saben que una beca Erasmus puede complicarse y desencadenar una serie de hechos que acaben teniendo consecuencias muy serias. Sin embargo, el caso de Laia Fàbregas (Barcelona, 1973) presenta características singulares. En 1997, tras licenciarse en Bellas Artes, se fue a Amsterdam para estudiar diseño arquitectónico, se quedó y sufrió dos insólitas metamorfosis: por un lado, se transformó en escritora y, por otro, lo hizo en neerlandés. Su empatía con la nueva lengua es tal que, en un restaurante junto a los canales, nos recita las ¡quince! vocales del idioma, con el mismo orgullo que mostraría un zoólogo residente en las islas Galápagos.

Fàbregas, en Amsterdam, piensa en holandés, idioma en el que acaba de publicar su segunda novela, *Landen*, con una primera frase demoledora: “Se murió durante el aterrizaje”. Aunque ella no se queje, el drama de ese libro es que nunca se publicará la versión original, que es bilingüe. “Lo escribí intercalando castellano y holandés –revela-. Mi primera novela, *La niña de los nueve dedos* (2008) –aquí editada por El Aleph y Columna-, la había escrito totalmente en neerlandés y, por tanto, con un lenguaje limitado. Un crítico hizo esa observación y me pareció un reto utilizar ahora un lenguaje más complejo. Introduje un personaje español, un emigrante extremeño que habla en castellano con su esposa Willemien, una artista plástica que le responde en holandés”. Así, la obra, en Holanda, tiene la parte en castellano traducida y cuando en otoño lleguen a España las versiones en castellano y catalán (en Ara Llibres) se tratará también de traducciones. Con la peculiaridad de que la traductora será la propia Laia Fàbregas.

Es tanta la empatía con la atmósfera idiomática de

las ciudades que siente esta autora-traductora, como si respirara palabras por las calles, que para poderse traducir a sí misma acaba de trasladarse a Barcelona, donde en un piso de Gràcia se va reescribiendo. Y solamente unos días aquí –llegó justo antes de la nube negra– ya le hacen replantearse de nuevo su identidad: “Tal vez la tercera novela la escriba directamente en catalán, pero entonces para traducirla al holandés tendré que irme a vivir a Holanda. Lo que sí tengo claro es que los derechos de mi obra siempre los tendrá la editorial que confió en mí por primera vez, Anthos”, donde comparte catálogo con el mismísimo Jonathan Safran Foer.

Vamos a adelantar, como en una especie de tráiler literario, algunos aspectos más de *Landen*: el extremeño que dijimos construye su vida en Holanda, tiene tres hijos y un día se traslada a Figueres –clima benigno– por motivos de salud de su esposa. En un vuelo a España, se sienta al lado de una chica “que tiene una lista de cien nombres de personas que va buscando por el mundo, porque entre ellos está el hombre que le salvó la vida”. El extremeño –lo han adivinado: es el que muere en el aterrizaje– lleva con él una cajita en cuyo interior hay una obra de arte de su mujer: “Una palabra que no existe”, pero que es posible mirar y sentirse fascinado por ella “sin pensar en lo que significa”.

Fàbregas –apellido de ecos futbolísticos que tal vez la predestinaba a triunfar en el extranjero– escribe sobre las raíces y, a la vez, sobre el arte, lo que tiene su miga porque ella –enemiga de las barreras entre disciplinas– también es artista plástica. Y, como tal, hace cosas ra-

ras: “Me escribo una carta cada día con Margot Anuschek, una artista de Rotterdam. Empezamos en el 2001 y no hemos parado desde entonces. Un día escribo yo, al día siguiente me contesta... y así”.

De hecho, quiere estrenar su novela en las galerías de arte, entrelazando realidad y ficción: “Pensaba organizar una falsa retrospectiva de las obras de Willemien, la esposa del extremeño. Pero la cajita ya estaba descrita en el libro y materializarla en una obra real rompía la magia de la evocación literaria, así que hice otra cosa, que no aparece en el libro: ella escribe una carta a sus amigos pidiéndoles que le envíen una carta que no será abierta jamás. ¿Qué escribirá la gente sabiendo que aquel mensaje permanecerá secreto?”

Es lo que he hecho: he pedido a mis amigos, y se lo pido desde aquí a los lectores de *La Vanguardia*, que me envíen una carta para Willemien, a su dirección: ‘Willemien Salgado. Carrer Moreria, 4. 17600 Figueres’. Con ellas –y sus historias ocultas– haré una instalación o una escultura. Un *work in progress* que empecé con las primeras cuarenta cartas que me llegaron, montando una exposición en Amsterdam”.

Si las autoridades literarias holandesas la promocionan como una más de los suyos –igual que a los flamencos de Bélgica–, ella cree que “la vida cultural es mejor en Holanda para los jóvenes, hay más oportunidades, ayudas y sobre todo estímulos, festivales por ejemplo de música y literatura a la vez, se mezclan más las disciplinas y la gente participa. En Barcelona, se ven los compartimentos más estancos. Hay cosas como el Kosmopolis del CCCB, pero entre el público sólo vi gente mayor”.

MI MAESTRO

Quan a belles arts havíem d'escollir especialitat, jo no sabia per on dirigir-me. Tu em vas dir que fes pintura i vaig acabar fent escultura. En realitat tant era, era el 1995. Quinze anys més tard resulta que escric llibres.

La qüestió era crear, més enllà de les fronteres de les disciplines.

L'art és a tot arreu. Així és el més important que em vas ensenyar.

Laia

Joan Descarga, mi profesor de pintura en la facultad de Bellas Artes

“Empecé a hacer performances con un par de chicos en pueblos del Berguedà y Osona. Nos perdimos muchas clases por eso, pero este profesor no nos lo tenía en cuenta, al contrario, consideró que aquello también era arte y que era importante que nos moviéramos en esa dirección. Su mirada abierta, más allá del encasillamiento de las disciplinas, me ayudó mucho. Un día, en clase, dijo: ‘¿Qué hacéis aquí? ¿No tendríais que estar haciendo performances?’. Es una bella historia: la del profesor de pintura que no nos hacía pintar”.